



DOCTOR ROBERTO LEHMANN-NITSCHÉ

Roberto Lehmann-Nitsche, fallecido el 8 de abril de 1938, cultivó en toda su extensa y laboriosa vida las diversas disciplinas antropológicas que tienden a ilustrar el conocimiento del más primitivo pasado americano. La copiosa lista de su bibliografía abarca los más interesantes, los más apasionantes problemas de ese tipo, tratado, cada uno de ellos, por lo regular, no en una publicación única sino en una serie, en un ciclo, a veces numeroso, de publicaciones monográficas. En ese sentido, la vastedad de su obra escrita — que llega a 264 títulos, por mucho que se puedan descontar monografías publicadas en varias revistas científicas o asuntos desarrollados con leve variante de título — está en consonancia con la variedad de los temas tratados y aun con la diversidad de las disciplinas a que pertenecen, pues si bien la antropología física fué en un comienzo su principal resorte, la etnografía y el folklore le atrajeron singularmente luego.

Lehmann-Nitsche nació en la finca rural de sus padres, en Radonitz (Posen), el 9 de noviembre de 1872. En este ambiente campesino vivió sus años primeros, para trasladarse luego a Bromberg, pequeña ciudad en la

que cumplió los años del « Gimnasio ». Como es sólito en los medios cultos de Alemania, visitó varias universidades durante el desarrollo de sus años de estudios superiores, siguiendo aquí o allá, atraído por un tema magistral o por la prestigiosa palabra de un maestro, en Freiburg i/ Br. y en Berlín, los cursos y las enseñanzas que más en consonancia estaban con su curiosidad intelectual. Lo más permanente y sistemático de sus estudios lo desarrolló en la Universidad de Munich, ciudad en la que frecuentó, a un tiempo, las Facultades de Medicina y Ciencias Naturales. Por último, el 23 de julio de 1893 se doctoró en esta última, con una tesis antropológica que le valió el premio Godard, de París, en tanto que el 12 de marzo de 1897 se graduaba también de doctor en la primera, con una tesis sobre cirugía prehistórica, que era otra fehaciente muestra de la vocación que había de iluminar y alentar toda su carrera científica.

Estos lauros iniciales eran calurosamente festejados por sus viejos maestros. El premio conferido a su trabajo doctoral en ciencias naturales le había presentado como un joven de méritos en los círculos antropológicos de Alemania y de Francia. Rudolf Martin, el antropólogo y etnólogo eminente, gran amigo de Francisco P. Moreno, fundador de nuestro Museo, lo presenta epistolarmente, recomendándolo a Moreno, que por ese entonces reclutaba a los especialistas que se harían cargo de las diferentes secciones técnicas de nuestro Instituto naciente. Avalada por Martin, la candidatura de Lehmann-Nitsche como encargado de la Sección Antropología cobra cuerpo. Moreno le ofrece el puesto y el joven germano, pese a todo lo que debió costarle el arrancarse de su patria, acepta. En julio de 1897 llegaba a Buenos Aires. Tengo para mí que nunca debió de arrepentirse de esa decisión.

A su llegada, múltiples problemas de la vida primitiva solicitan su interés. Desde entonces ha de colaborar, en español, en las publicaciones del país y, al propio tiempo, ha de hacerlo, en alemán, en las de su patria. Uno de sus principales estudios de esta primera época es el publicado en nuestra *Revista*, tendiente a destruir la hipótesis del famoso antropólogo Virchow, para quien las mutilaciones (principalmente de nariz, labios y pies) registradas en los huacos preincásicos de la costa del Perú eran demostrativas de la existencia de la sífilis como enfermedad autóctona americana. Lehmann-Nitsche se inclina a ver en ello rastros de un tipo de lepra precolumbiana. En este trabajo es evidente el apoyo que a su capacidad de antropólogo le ofrecen sus estudios de médico. Es también como médico que presta atención a las operaciones efectuadas en épocas remotas en cráneos extraídos de excavaciones practicadas en Perú y Bolivia. Su estudio de tres cráneos, que presentan trepanación, lesión y perforación, respectivamente, escapa del restringido límite del mero examen osteológico de las piezas, para abrir un amplio campo de observación sobre la ciencia médica más primitiva en América en sus vinculaciones con el cráneo. Por ese entonces, Ameghino ocupa en las ciencias paleontológicas y antropológicas de la

Argentina un lugar prominente. Los datos referentes a la fauna fósil — que Ameghino catalogara como nadie — estaban a la orden del día, y en la mente popular y en la de algunos de los semicultos se valoraba indebidamente la imposibilidad de hallar con vida algún ejemplar retardado de esas faunas gigantescas y extinguidas. La Patagonia y la Tierra del Fuego, con su lejanía y sus misterios, redoblaban el prestigio de esta probabilidad maravillosa. Los hallazgos realizados en la caverna de la Última Esperanza, constituyen el tema de varias de sus monografías referentes al *Grypotherium* y su hipotética y pretendida actualidad. Lehmann-Nitsche reacciona ante la tesis populachera de su existencia actual y demuestra, también en nuestra *Revista*, en 1902, la imposibilidad de ésta y la inanidad de los esfuerzos de sus frustrados cazadores.

Ya dos años antes había hecho un fugaz retorno a Europa, para asistir al XII Congreso Internacional de Americanistas efectuado en París. Ahora se aprestaba a repetir el viaje, para asistir a la sesión XIV, que debía verificarse en Stuttgart. En esta nueva comparencia en Europa debía de ratificar las viejas amistades y acrecentar su número con otras, en lo que se complacía su espíritu cordial. A su regreso a La Plata, nuevas y más fuertes tareas científicas le esperaban. Ameghino, cuya magnífica obra de paleontologista hubiera bastado para hacer su nombre imperecedero, se dejó llevar, en los años de la senectud, a una audaz especulación de gabinete, a la que defendió con ardimiento y con tesón el resto de su vida. El problema de la antigüedad y de la autoctonía del hombre americano, originario, según Ameghino, de la Patagonia en los eslabones iniciales de su cadena filogenética, le ocupó casi por entero y al mismo tiempo que a él — por la importancia y trascendencia local de la doctrina — a todos los demás cultores rioplatenses de la antropología.

Lehmann-Nitsche no podía escapar al interés por las nuevas investigaciones que los eventuales « eslabones », bautizados por Ameghino como formas precursoras del hombre, suscitaban. Casi al mismo tiempo que Ameghino fundaba, sobre el famoso atlas de Monte Hermoso, su nuevo género *Tetraprothomo*, Lehmann-Nitsche describía dicha pieza atribuyéndola a un nuevo género humano, al que denominó *Homo neogaeus*, denominación que si bien no obtuvo la totalidad de los aplausos, dió motivo a fructuosas contribuciones ulteriores. En cuanto al fémur que Ameghino asociaba al atlas, Lehmann-Nitsche lo atribuyó a un gran felino, catalogación zoológica que Bordas últimamente ha rubricado, si bien considerándolo como perteneciente a un miembro de la familia de los *Procyonidae*. También el propio Lehmann-Nitsche, en aquel año de 1906, proponía en la revista *Globus*, la adopción del término *Paleantropología* para esta clase de estudios referentes a una remota historia natural del hombre, nombre que ha sido reemplazado, mucho más tarde, por el de *Paleontología humana*, formulado por Marcellin Boule. En 1908 editó sus famosas *Recherches sur la formation pampeña et l'homme fossile de la République Argentine*, obra en la cual reunió

estudios dispersos sobre el origen del hombre, instaurando el criterio moderno de que este problema, en nuestro país, es más bien de resorte geológico que antropológico y solicitando, por ello, el aporte de consejeros geólogos que estudiaran el terreno.

Entre tanto ha publicado el catálogo de las *Antigüedades de la provincia de Jujuy*, de reconocida importancia arqueológica en su época, y los *Études anthropologiques sur les indiens Takschik (Groupe Guaicuru) du Chaco Argentin*, así como la colección Boggiani referente a tipos indígenas de la región central de Sud América. De esta suerte, habiéndose presentado en el campo de la Antropología física con una obra fundamental, que le hace obtener la alta distinción parisiense del premio Broca, asienta contemporáneamente su nombre en otras disciplinas de las « ciencias del hombre » que han reclamado su atención.

En 1908 regresa a Europa, para participar en la sesión XVI del Congreso Internacional de Americanistas, realizado en Viena, a cuya reunión — como a las precedentes — presenta comunicaciones. Visita, luego, Museos e Institutos europeos, ampliando sus conocimientos con la visión de las series de objetos allí depositados. Y al regresar a la Argentina, al año siguiente, continúa sus estudios antropológicos y etnográficos agregando, ahora, a sus preocupaciones intelectuales, el matiz folklórico que ya había comenzado a insinuarse, antes de su partida, en el artículo de título jocoso *¿ Quiere que le cuente el cuento del gallo pelado ?*, publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de Zeballos. Esto lo condujo hacia un tipo nuevo de especulaciones que se concentró en un grueso volumen de *Adivinanzas rioplatenses*, publicado en 1911, y en el cual presentó y agrupó, con seriedad típicamente germana, un material considerado hasta entonces como totalmente deleznable. Por este camino derivó rumbo al indumento gauchesco, tratándolo en tres trabajos que aparecieron, — previo un nuevo viaje a Europa realizado cuando ya la carrera armamentista ponía en todos los países una tensión de guerra — en 1914 y 1916, en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, bajo los títulos de *El Retajo*, *El Chambergo* y *La bota de petro*. Son tres centenares de páginas en los que se analiza con detenimiento el fenómeno social de lo gauchesco, a cuyo efecto el autor, con esa meticulosidad que sabía poner en la tarea eurística, había colectado un respetable conjunto de material literario, ya erudito, ya anónimo o popular.

Toda esta corriente de estudios gauchescos culmina, en 1917, con la publicación de su estudio sobre Santos Vega, hecha en el mismo docto *Boletín*. Voces argentinas y extranjeras saludaron la aparición de este sentido ensayo acerca del canto gauchesco de Rafael Obligado, lo que, acaso, le indujo a completar su tarea, vertiéndolo a su lengua de origen, para lo que tuvo que vencer las presumibles dificultades emergentes del traslado a un idioma de contextura íntima tan diferente del poema vernáculo erizado de palabras tan propias y aparentemente intraducibles.

Esta labor de difusión de la literatura costumbrista resultaba aparentemente paradójal en aquel estudioso cuyo aspecto externo exponía, tan sin reservas, su nativa e insobornable condición germana. Ya desde 1906 Lehmann-Nitsche había ascendido a la cátedra de Antropología, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires — a la cual le llamaba el alerta espíritu de Norberto Piñero — cuanto a la similar de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata, que atendía complementariamente con sus funciones en el Museo. A estas actividades en la docencia hay que agregar, todavía, la cátedra interina de Anatomía artística que desempeñó algún tiempo, a partir de 1909, en la Escuela de Bellas Artes de La Plata.

Los alumnos que pasaban por sus cursos, aun cuando respetando y hasta admirando su saber antropológico y agradeciendo su bondad paternal, no podían menos que lanzar una mirada maliciosa a su fuerte osatura teutónica, recubierta por un jaquet de flotantes faldones y a sus enormes cuellos de plancha desde lo alto de los cuales surgía su palabra sapiente que, por cierto, no atinaba siempre a desprenderse de los rudos acentos de su fonética inicial. Esta antinomia notoria entre la envoltura totalmente germánica y el amor por nuestras cosas vernáculas, popularizó la figura de Lehmann-Nitsche en los círculos universitarios y aun trascendió de éstos hasta los medios cultos de nuestro pueblo. Tan es así que, según se afirma, un saínetero afortunado copió, con el éxito que ya era en él costumbre, algunos de los escorzamientos de su silueta en una obra teatral, *El profesor Muller*, que obtuvo larga permanencia en las carteleras, y Arturo Cancela, nuestro elegante ironista, habría tomado en préstamo algunos de sus rasgos para la composición de uno de sus divertidos personajes de *Tres relatos porteños*. Pero todos sabían discriminar bajo aquella apariencia extranjerizante de este sabio amigo, todo lo que había de realmente amistoso para nuestro país y para nuestra naciente cultura y estimaban en él la larga paciencia del investigador y la vasta erudición del estudioso.

Toda su vida en la Argentina se extendió, así, en torno de sus tareas docentes y científicas. Se le vió actuar, largos años, en los consejos de las Universidades que lo tenían por enseñante, a cuyos debates llevó su espíritu de orden y la persuasión de su palabra. Más de una iniciativa feliz contó, por ello, con su colaboración y con su voto. Y hasta la formación de su hogar de hombre fué, en cierta forma, una afortunada consecuencia de su gestión docente. Conoció a su esposa como alumna distinguida de la Facultad de Filosofía y Letras, le prestó su consejo para encaminar su vocación antropológica que ya en ella despuntaba, y supervisó su tesis doctoral. Con esta excelente contribución acerca de *El hueso parietal bajo la influencia de la deformación fronto-occipital*, Juliana Dillenius entraba en el campo de los autores. Pero esta frecuentación con la alumna predilecta había ido derivando hacia el campo sentimental y bien pronto aquélla trocó su puesto de discípula por el de esposa, resultando así una colaboradora integral de aquél.

Al margen de sus labores principales, algunos de los viejos cronistas americanos atraen su atención: Ulrich Schmidel (1909 y 1929), Hans Staden (1927), encuentran en él un atento comentarista, así como traza, en 1927, las siluetas de Hernando de Salazar y de Juan de Salazar de Espinosa y narra los contratiempos de la expedición de los Sanabria al Río de la Plata. Pero, convencido como estaba, desde su llegada a estos territorios, de la necesidad de salvar en lo posible los frágiles y percederos testimonios del pasado, representados por el lenguaje, por los mitos, por las leyendas de los pueblos primitivos, cuyos últimos representantes iban extinguiéndose rápidamente y perdiendo o enturbiando en su contacto con los blancos aquel tesoro cultural, realiza la tarea de recoger minuciosamente los vocabularios de las diferentes lenguas indígenas que le es posible conocer en el curso de sus viajes etnográficos por el Chaco o por las regiones más meridionales de nuestro país. Pertenecen a este ciclo de trabajos, los siguientes, publicados, casi todos, en nuestra *Revista del Museo* o en el *Boletín* cordobés ya mencionado, entre los años 1910 y 1936: *Two linguistic treatises on the Patagonian or Tehuelche language by Teophilus Schmid* (1910), *Vocabulario Chorote o Solote* (1910), *El grupo lingüístico Tschon de los territorios magallánicos* (1914), *El grupo lingüístico Het de la Pampa argentina* (1922), *El grupo lingüístico Alakaluf* (1919), *Das Chechehet* (1924), *Vocabulario toba* (1925), *Vocabulario mataco* (1926), *Die sprachliche Stellung der Chorote* (1936).

De todos estos estudios de la lingüística primitiva acaso el más importante sea, por su aporte al problema fundamental del poblamiento primero de nuestra América, el que dedica al grupo Tschon, bautizado por él, y cuyas conexiones idiomáticas con las lenguas autóctonas australoides arrojan viva luz sobre las vinculaciones emergentes entre esta parte del mundo oceánico y nuestras regiones australes, permitiendo suponer una migración de sur a norte, de aquellas poblaciones, luego de franqueado el difícil tránsito opuesto por la barrera del casquete polar y tierras circundantes. No es extraño, pues, que este estudioso sostenga, desde 1910, la necesidad de destinar territorios reservados a los indígenas en Chaco, Patagonia y Tierra del Fuego, a la manera que lo enseña la experiencia norteamericana.

Nuestro antropólogo-etnógrafo no trató, sino por excepción, temas arqueológicos. No es desdeñable, sin embargo, su contribución al conocimiento de las modalidades arquitectónicas del famoso Coricancha, que él trató en varias contribuciones, detallando las características de su « altar mayor » en la *Revista del Instituto Histórico e Geographico Brasileiro* (1925), tomándolo como tema de una conferencia de extensión universitaria en la Universidad de La Plata en 1928, y publicándolo, más *in extenso*, con todos sus recaudos de información, en nuestra *Revista* en dicho año. Así también, se había ocupado de las hachas, clavas y placas grabadas de la Araucanía y de la Patagonia, en diversas contribuciones, editadas en este

mismo órgano, en 1909 y en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, en 1916.

Pero, algo después de esta fecha, se interesa por una nueva serie de temas, que han de ocupar preferentemente su atención hasta su muerte. Es la representación que del cielo estrellado se hacen los nativos, y los mitos y leyendas vinculados con esta representación, lo que cada vez más le interesa. Es por eso que puede escribir su digna compañera: « Lehmann-Nitsche ha pasado muchas noches sentado con los indios ante sus ranchos, observando con ellos el cielo estrellado, bóveda del templo de muchos primitivos »... Tal preocupación intelectual, que aparece en sus publicaciones a partir de 1918, se extiende en la serie más numerosa de sus escritos, tanto en español como en alemán, y comprende las siguientes monografías que se agrupan bajo el rubro general de *Mitología Sudamericana*: I. *El Diluvio según los araucanos de la Pampa* (1919); II. *La cosmogonía según los puelche de la Patagonia* (1919); III. *La marea alta según los pueblos de la Patagonia* (1919); IV. *Las constelaciones del orión y de las hiadas* (1921); V. *La astronomía de los matacos* (1923); VI. *La astronomía de los tobas* (1923); VII. *La astronomía de los mocoví* (1924); VIII. *La astronomía de los chiriguano*s (1924); IX. *La constelación de la osa mayor* (1924); X. *La astronomía de los tobas, Segunda parte* (1925); XI. *La astronomía de los vilelas* (1925); XII. *La astronomía de los mocoví, Segunda parte* (1927); XIII. *El caprimúlgo con cuatro ojos (Guayana Británica)* (1927); XIV. *El viejo Tatrapai de los araucanos* (1929); XV. *El caprimúlgo y los dos grandes astros* (1930); XVI. *El viejo Tatrapai de los araucanos, Segunda parte* (1930); XVII. *El jabutí y el quirquincho héroes de una fábula del Amazonas y de San Luis, República Argentina* (1936); XVIII. *El avestruz galaxial de los guaraní* (1936); XIX. *La travesura de pariacaca (Perú) y del lobo mágico (Norte América), dos variantes del mismo tema* (1936); XX. *El gigante de piedra de la Tierra del Fuego y Norte América* (1937); XXI. *El viejo Tatrapai de los araucanos (Tercera parte)* (1938).

Todo este conjunto constituye un material realmente espléndido de datos folklóricos y etnográficos, agrupados en torno de una preocupación mitológica, y encierra elementos interesantes para la valoración cultural de estos diferentes agregados humanos primitivos.

Transformada su designación de encargado de la Sección Antropología, dada por Moreno con fecha 1° de julio de 1897, en Jefe y profesor de dicha sección, en 1° de febrero de 1906, continuó bajo esta denominación hasta que, al reorganizarse el Museo y crearse los diversos Departamentos que lo integran, fué nombrado el 1° de abril de 1922, Jefe del que hasta entonces funcionara como sección. En tales tareas permaneció formando parte de la plana mayor de nuestra Casa, hasta 1929, año en el cual se jubiló. Poco después partió con su familia para Europa, constituyendo su residencia en Berlín-Schöneberg, en donde le ha sorprendido la muerte. Mas la circunstancia de su jubilación oficial, lejos de decidirle al reposo, le concedió más

tiempo aun para aumentar su ya nutrida bibliografía, publicada desde entonces, sobre todo, en revistas germanas.

Tuve oportunidad de conocerle siendo aún alumno de la Universidad de La Plata. Gusté de su amistosa palabra y me ilustré con las enseñanzas de su conversación. Siendo yo, todavía, un joven sin más títulos que mis deseos de estudiar, tuvo la gentileza de traducir para mí páginas nutridas de una monografía de Georg Friederici, porque sospechó que pudieran interesarme para un trabajo sobre canoas monoxilas que publiqué más tarde. Que, no obstante lo nutrido de su labor escrita, era hombre capaz de ponerse a la tarea por los otros, generosamente, en labor anónima, aun cuando los otros fueran, como yo lo era, un egresado casi desconocido.

Y, prueba al canto, recuérdese su tarea como Secretario general de la XVII sesión del Congreso Internacional de Americanistas y la publicación del grueso volumen de sus actas, en el que se extractan muchísimos trabajos. Quizás sólo quien, como yo, haya actuado en tal cargo, en uno de aquellos certámenes internacionales, y haya corrido, así, con la responsabilidad y el trabajo de publicar o desechar obras ajenas, uniformar criterios y presentación, estará en condiciones de valorar el ingente esfuerzo anónimo que tal tarea representa.

Le vi, por última vez, en el Congreso Internacional de Americanistas, a cuya XXVI sesión concurrimos integrando, respectivamente, las delegaciones de Alemania y de la Argentina. Charlamos, entonces, largamente, de amigos comunes. Me asombró verle ya tan decaído físicamente y me consoló notarle tan interesado por todas las investigaciones nuevas y por todos los hombres jóvenes que por entonces laborábamos en el país. Pero ya se advertía que, a breve plazo, el malestar físico sería más fuerte que esa fuerza mental que lo sostenía.

Así ha sido, por desgracia. Como informa su esposa, Lehmann-Nitsche « trabajó hasta el último momento. Preso ya de la caquexia general producida por el cáncer, aprovechaba cada momento de pasajera reacción favorable para dedicarse a sus investigaciones y escribir con su último esfuerzo el resultado de sus últimas deducciones. No perdió el conocimiento sino media hora antes del desenlace fatal, si bien había momentos, en las semanas que precedieron al nefasto suceso, en los cuales su intelecto se nublabá levemente y en que hacía la impresión de que ya su alma tan grande tendía a desprenderse del cuerpo ».

Gracias a ese verdadero heroísmo civil está ahora en prensa su *Studien zur südamerikanischen Mythologie* y nos queda su postrer manuscrito intitulado *Astromythologische Untersuchungen über das Arbeiten de menschlichen Phantasie*.

Era profesor honorario de la Universidad de Buenos Aires y doctor honorario de filosofía de la de Hamburgo. Caballero del Águila Roja, de Alemania, de San Estanislao, de Rusia. Oficial de la Academia, de Francia, recibió primero las palmas académicas de « officier de l'Academie » y luego las

de « officier de l'Instruction Publique ». Venezuela le había también condecorado. Perteneció a la Real Academia de Madrid, a la Real Academia de Santiago de Compostela y a la Academia de Historia y Geografía de Lisboa, y era miembro de número de la Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires, hoy Academia Nacional de la Historia.

En Alemania, su país y el de sus mayores, ha fallecido tras larga y fructuosa vida, Roberto Lehmann-Nitsche. Su nombre es el de uno de los más completos cultores de las « ciencias del hombre » en la Argentina, país al cual consideraba como su segunda patria, donde vivió — con breves ausencias — más de treinta años, y en el que escribió la mayor parte de sus trabajos. Este Instituto, donde sirvió durante casi todo ese tiempo en un alto cargo técnico y en cuyas aulas resonó su voz docta y mesurada, le recuerda como uno de sus servidores predilectos y le rinde, en estas líneas y por mi intermedio, sus honras póstumas. Séame permitido agregar mi personal homenaje emocionado.

Fernando Márquez Miranda.

